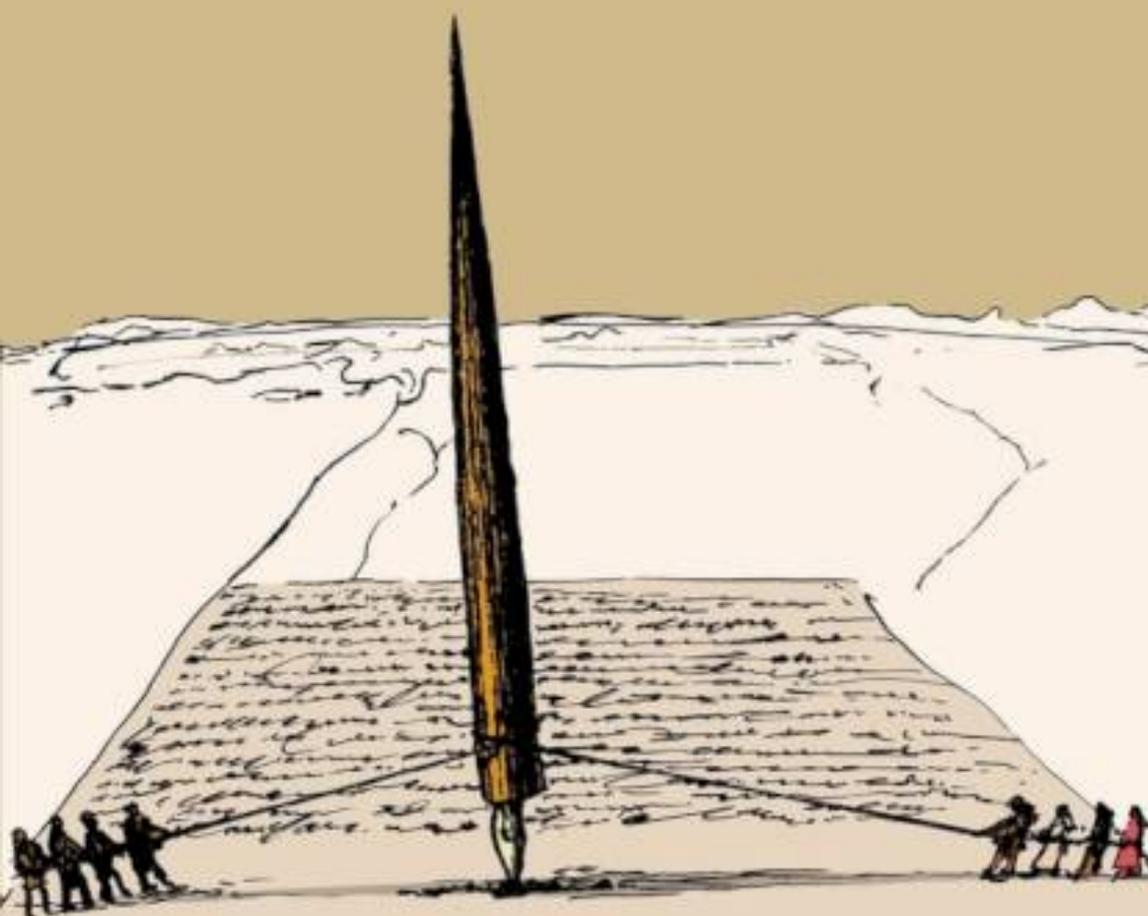


Félix *de* Azúa  
Contra Jeremías  
*Artículos políticos*



**DEBATE**

# Contra Jeremías

Artículos políticos

FÉLIX DE AZÚA

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

## Índice

Contra Jeremías  
Prólogo  
Longevidad del resentimiento  
La opinión pública nunca se equivoca  
El fin del mundo, más o menos  
La sombra de Dios es contrahecha  
La pereza viaja en diligencia  
Sobre las ruinas del siglo pasado  
¿Ha llegado el momento?  
Esto es una basura  
Por esos mundos de Nadie  
Democracia para cabreros  
Caminito que el tiempo ha borrado  
Cultos hasta la náusea  
El lío padre y la lía madre  
¡Socorro!  
Italia y España, una confluencia  
Cavilaciones de un viajero  
Que van a dar a la arena...  
Sobre sabios, bobos y malvados  
Sobre el presente del pasado  
Tras la ruina, cambio de costumbres  
Veloz progreso hacia el pasado  
Dificultades para empezar una guerra  
A favor de la memoria histórica  
Permitan ustedes que me despida  
La filosofía en el vertedero  
Dos puertas dan al infierno  
Pensamiento cada vez más crecido

Los privilegios del fósil  
En el origen  
Una cualidad poco valorada en política  
Desaparecer sin armar bronca  
Contra Jeremías  
Ante la próxima guerra carlista  
¿De quién es mi lengua?  
Sobre la división de impotencias  
Un día cualquiera  
Nuestros mejores años  
Un tiempo para resistir y otro para recordar  
Después de la caída  
Un empujoncito y ya está  
Viejos amigos de los jóvenes  
Procedencia de los artículos  
Biografía  
Créditos  
Acerca de Random House Mondadori

## Prólogo

En este libro hemos reunido un conjunto de artículos de contenido político publicados en los últimos cinco años, y digo «hemos» porque he contado con la inestimable ayuda de Andreu Jaume, sin la cual este libro no existiría. Vaya por delante mi agradecimiento.

El caso es que cuando ahora decimos «política» no sabemos con exactitud a qué nos referimos, lo cual no obsta para que empleemos la palabra constantemente, persuadidos de que la gente con la que hablamos nos entiende, algo por lo menos dudoso. Es posible que «política» quiera decir hoy poco más que «asuntos del corazón parlamentario», o bien «chismorreos sobre ministros», o incluso «comentarios sobre la actualidad administrativa». Somos ya poco más que terminales de los medios de comunicación.

La política, como casi todo el mundo sabe, excepto quizás los universitarios, fue una actividad noble que inventaron como tal (le dieron ese nombre) los griegos. Que era una actividad noble quiere decir que a ella sólo se dedicaban los aristócratas, los mismos que tenían el monopolio de las armas. Aristócrata, hasta muy entrada la Edad Media, era sinónimo de guerrero, de modo que la política la llevaban los guerreros. Según Hegel, sólo aquellos que arriesgaban su vida tenían derecho a decidir cómo había de ser la vida de los demás. Y los demás aceptaban el dominio del señor porque querían vivir tantos años como fuera posible.

Es cierto, sin embargo, que algunos plebeyos hablaban sobre la política (sobre la *politeia*) en el ágora o incluso escribían sobre ella. Es el caso de Aristóteles, por ejemplo, pero no el de Platón, un aristócrata con derecho a la acción guerrera. Se recordará que Platón tuvo la oportunidad, hacia el 388 a.C., de dirigir la política de la ciudad de Siracusa, gracias a una invitación del tirano Dionisio, y el fracaso aún se comenta por aquella parte. A quienes hablaban o escri-

bían sobre política, los auténticos políticos, los guerreros, no les hacían mucho caso.

Tampoco puede decirse que en la Edad Media, alta y baja, hubiera tal cosa como «política», como no fueran las guerras, bodas, latrocinios, asesinatos e invasiones de las diferentes estirpes guerreras del continente. Con una más elegante presentación artística, el mundo de la política europea no difería mucho de la actual situación africana con sus cambios de fronteras, nombres de nación y modelo de uniforme, cada vez que un aventurero o un psicópata logra acumular el suficiente número de armas y soldados. Muchos fueron los que escribieron sobre política en la Edad Media, hasta el propio Dante lo hizo con altura y honor, pero también con resultados nulos. No deja de ser importante que la política dependa, incluso en su nombre, de la «polis», y siendo así que en la Edad Media los dominios de la nobleza eran agrícolas poca *politeia* era imaginable. Las primeras ciudades aparecen al final del gótico bajo la forma de grandes burgos liberados del poder feudal y defendidos por los reyes. Ése es un indudable *incipit*. Un ajuste de la legislación urbana que libera de la explotación feudal.

En la era moderna, la política comienza a ser lo que ahora conocemos con ese nombre, a saber, una pluralidad de gobiernos posibles que quieren sustraerse a la teología y a la explotación que conlleva. Desde sus ciudades-estado, los príncipes italianos empezaron a realizar políticas de alianzas, traiciones y asesinatos levemente más racionales y reales, siempre buscando la separación del poder eclesiástico y el enriquecimiento ciudadano. Que un tratado como el de Maquiavelo haya alcanzado a tener ediciones en el siglo XXI nos indica, no su interés teórico, sino el homenaje que rendimos los modernos a los inicios de la política. Es evidente que aquellos estados minúsculos, con su minúscula banca y sus minúsculos ejércitos, distaban mucho de enfrentarse a nada «político» en el sentido actual, pero nos ilusiona verlo como un origen.

¿Cuándo empieza en verdad la política en su sentido actual? Cuando la guerra sale demasiado cara, y eso no tiene lugar hasta

después de la expansión de la artillería y la creación de gigantescos ejércitos continentales, como los de Luis XIV. La artillería derriba las murallas de las ciudades sin necesidad de bombardearlas y de pronto aparece un horizonte nuevo para colonizar.

Yo diría que la política, en el sentido de «diferentes gobiernos de la ciudadanía, decididos por la ciudadanía, para mejorar su situación económica y espiritual», es un invento (como casi todo lo actual) del parlamento revolucionario francés. Entonces sí que aparecen las herramientas adecuadas para ese sentido nuevo de la política, el sentido propiamente burgués: el panfleto, el periódico, la gaceta, el libelo, el grupo de presión, la hoja clandestina, la calumnia en verso, el comercio internacional. La política ya no la hacen los señores ni los guerreros, la hacen unos burgueses que saben leer y escribir concentrados en partidos y grupos de presión. Naturalmente, al poco tiempo, en cuanto Bonaparte intervenga para poner orden, la política volverá a su lugar: los generales, los banqueros que pagan a los generales, los políticos profesionales puestos por los generales y los banqueros, serán quienes marquen la línea «política». Ésta será la política llamada democrática casi hasta el día de hoy: el modelo de gobierno adecuado a los intereses de la casta dominante en cada momento. Es la política propiamente burguesa, e incluso la política de los pensadores revolucionarios, como Marx, será indudablemente burguesa.

Se produce entonces un orden burgués con altibajos, es decir, con momentos en los que el panfletista, el periodista, el «intelectual», el jurista o el clérigo tienen mayor audiencia, y momentos en los que sólo la arenga, la agitación pública, el activista, el terrorista, el agente doble o la rebelión caótica tienen posibilidades de entrometerse en el orden social. En ambos casos hay siempre detrás un banquero y un general. La política democrática es carísima y la violencia se paga muy cara si no tiene un éxito inmediato. Incluso agitadores tan eficaces como Lenin o Trotski se mostraron muy cautos hasta contar con los apoyos necesarios en el ejército y las finanzas. No hay que ocultar que la revolución rusa comenzó gracias a que

Alemania estaba interesada en debilitar su frente del este y lanzó a Lenin en la estación Finlandia como si fuera una bomba atómica. Y lo fue. En todo caso, sin el apoyo de los generales alemanes seguramente no habría habido revolución en Rusia.

Hay ocasiones, sin embargo, en las que los panfletistas, los periodistas, los intelectuales, los juristas tienen un peso mayor que los activistas revolucionarios o que los generales y banqueros. Sucedió en ese período fascinante que es el París de la Bastilla al Triunvirato de 1811. También durante la revolución norteamericana, con Jefferson de arquitecto. O en la Italia del Risorgimento, cuando los generales se reclutaban en los pueblos liberados y en las tertulias de carbonarios. Más ejemplos cabría proponer, y también, cómo no, la así llamada «transición» española. Durante aquellos años de plomo, los generales y los banqueros estaban suficientemente asustados como para dejar que fueran sus pupilos quienes llevaran la iniciativa. Sólo de tarde en tarde trataban de influir, con escaso éxito. Era de nuevo la atmósfera del inicio de la Segunda República, antes de que salieran generales de donde menos se esperaba (de la FAI y del Partido Comunista) y banqueros donde había más que ganar (con los golpistas).

En esta ocasión y con la excepción (bendita excepción) de la cerrada de Tejero, los generales se retiraron a observar y dejaron el campo libre a los banqueros, los cuales se adueñaron de la totalidad del país después de echar unas migajas a los políticos en forma de cajas de ahorros para que no lloraran demasiado. Y en esta entente cordial hemos llegado a nuestra famosa «crisis».

En la España de la transición, las huestes de políticos profesionales (tenemos más que Alemania y Gran Bretaña sumados) lo inundaron todo. Se nos han metido hasta en la cama. De modo que en la actualidad «hacer política» es cualquier cosa. Si juegas al pádel eres un admirador de Aznar, pero si subes montañas es que eres de Bildu; si te gustan los toros eres un facha, pero si sigues al Barça eres un separatista; si compras *El Mundo* simpatizas con la caverna, pero si compras *La Vanguardia* simpatizas con los carlistones; y si es *El*

*País* estás con los más que confusos socialistas; si te dejas una trenza en el occipucio y llevas un pendiente negro en la oreja lo más probable es que apoyes a los terroristas, pero si te engominas el pelo no cabe duda de que eres un meapilas, y así sucesivamente. No hay rincón que se haya librado de eso que llaman «política», pero que no es otra cosa que prensa del corazón partidista en el mejor caso y pornografía ideológica o pedagogía del odio en el peor. La palabra «política», en la actualidad y entre nosotros, significa «con qué clase de puño de hierro te voy a partir la cara».

Todos los artículos aquí reunidos responden a esa «crisis» que empezó a asomar el morro en 2007, pero como va siendo cada día más claro, además de la ruina económica, que es un fenómeno global, en España hubo que contar con una ruina propia y estructural de inverosímil apañó. Nuestra particular crisis es la imposibilidad de seguir manteniendo el pacto de la transición. La administración del Estado se ha convertido en una disparatada caricatura de diecisiete estados administrados las más de las veces por inútiles y en otras por sinvergüenzas. Hemos regresado a la corrupta situación de los tiempos de Maura. Con los gastos generados por los diecisiete parlamentos españoles se podrían financiar los restantes parlamentos europeos.

Es político el fútbol, la gastronomía, los toros, las vacaciones, la salud, la moda, el teatro, las enfermedades, la decoración navideña, la sexualidad, la obstetricia, las fiestas nocturnas, la venta de productos en la calle, las clases de historia, la religión, en fin, *todo* es político en este bendito país. Lo cual quiere decir que no hay política, que no es cierto que se *haga* política, sino que los políticos lo ocupan todo, están en todas partes y su pretensión es dominar la totalidad de nuestra vida privada, lo cual es asunto enteramente distinto.

No obstante, este hundimiento no tiene remedio. Los políticos profesionales están demasiado corrompidos o dependen tan exageradamente de sus privilegios y sueldos que no van a resolver la situación, sino a prolongarla cuanto puedan. A semejanza de sus co-

legas italianos, no tienen el menor interés en que nada cambie. Algunas regiones, como Andalucía o Cataluña, arrastran una población cautiva de la corrupción tan enorme como para garantizar la perpetuación de los corruptos en el poder. Y en las zonas más agrestes y reaccionarias, como en el País Vasco, los oligarcas locales han llegado a la conclusión de que es el momento de quedarse con la finca.

Es evidente que la situación es más grave cada día que pasa y que nos encaminamos hacia un estallido imposible de controlar, pero los políticos españoles están tan atados a sus nóminas que prefieren perecer en el hundimiento antes que saltar por la borda unos días antes. Si por lo menos saltaran, quizás se podría salvar algo, pero mientras sigan ahí no hay esperanza. A mi entender, se ha reproducido la devastadora máquina del franquismo. Hay una espesa capa de parásitos con cargo al presupuesto ocupando las portadas de los diarios y los mejores restaurantes. Por debajo circula una población que no tiene la menor relación con ellos.

Estos artículos buscan al lector que, persuadido de todo lo anterior, quiera encontrar algún consuelo en una posición totalmente marginal, la de no creer una sola palabra gubernamental y construir su propia vida como si no existiera la España oficial. Cuando llegue la catástrofe ya reaccionaremos, los jóvenes supongo que tomarán las armas y los viejos podremos por fin volver a leer las memorias del duque de Saint-Simon. De momento, la «política» es para mí un asunto propiamente literario, y eso es lo que aquí he intentado: hacer literatura incluso con el material más zafio. Un buen modelo es el Victor Hugo de *Choses vues*, pero mis maestros han sido Tony Judt y Christopher Hitchens.

En todo caso, se trata de no darse por vencidos, de no dejarse atropellar por esa gente que se ha apropiado de la democracia, del país y de nuestra vida privada. Debemos mantener la certeza de que, aunque ellos no lo crean, seguimos siendo libres para llevar la vida que queremos y que, si la pobreza nos asfixia, ésa no es suficiente excusa para echarse en manos de cualquier majadería colec-

tiva. Un individualismo radical es la única salida que concibo para las tribulaciones que se avecinan. Eso es, para mí, la política en su sentido más honesto: lo que cada cual lleva a cabo desde su responsabilidad, con imaginación e iniciativa, para impedir los atropellos del poder.

Los individuos tienen la ventaja, sobre los colectivos, de que pueden formar archipiélagos, es decir, formas flexibles y cambiantes. Los archipiélagos son, por naturaleza, multiformes y versátiles. Tienen aquellas virtudes del pulpo que nos descubrió Jean-Pierre Vernant. Nadie ha podido aún recorrer todas las islas del Adriático o las del Egeo. Son miles y forman constelaciones cambiantes. Un buen y variable archipiélago de individuos es la mejor patria que uno puede tener y amar en estos tiempos de política de purpurina y ácido sulfúrico, mientras los generales y los banqueros afilan sus colmillos y las masas obedecen como nunca lo habían hecho desde la guerra civil a sus peores dirigentes. Un archipiélago bien coordinado puede conseguir impactos sociales que los elefantiásicos continentes ya no pueden ni proponerse. No es el nuestro un tiempo para los discursos, sino para las conspiraciones.

A quienes mantengan la dignidad del individualismo archipelágico va dedicada esta selección de artículos, escritos con esperanza, pero sin convencimiento.

## Longevidad del resentimiento

Recuerdo perfectamente con qué ferocidad despreciábamos a Adolfo Suárez. El plural se refiere a la izquierda de aquellos años. Ni siquiera le odiábamos, era demasiado insignificante. Un burócrata que sólo suscitaba el sarcasmo, un trepador cuyas contradicciones podían facilitar la insurrección proletaria. Es cierto que le había votado una mayoría de la población, pero ya se sabe: los españoles son franquistas, borregos, rancios. Supongo que eso es lo que piensan de Zapatero muchos nacionalistas.

Luego pasamos a despreciar a González. Algunos habían sido compañeros suyos en la Universidad de Sevilla: un chisgarabís, un pelmazo del que huía la gente. Los sarcasmos contra Suárez se hicieron más virulentos contra González. Basta con releer lo que escribían las grandes plumas de la izquierda sobre la entrada de España en la OTAN.

Ahora, cuando el país va regresando inexorablemente al Ruedo Ibérico, nos percatamos de que Suárez y González fueron una bendición inmerecida para una casta intelectual fatua y microcéfala. Un par de políticos inteligentes, prudentes, hábiles, que nos libraron de nosotros mismos. Si hubieran triunfado los míos, por ejemplo, Cataluña habría sido una república popular maoísta. Nunca se lo agradeceré suficientemente a Suárez y González.

Éramos jóvenes y en ese período amorfo llamado «juventud», que en España dura hasta los cuarenta años, está permitido ser un majadero y que, sin embargo, te haga caso la prensa. Pero ahora, cuando se reproduce el viejo estilo del rencor y el resentimiento, ya nadie es joven, ni siquiera los jóvenes son jóvenes. Los «jóvenes» nacionalistas vascos patean las tumbas de los asesinados por sus padres. Han nacido viejos.

El mes pasado escribía Muñoz Molina en estas mismas páginas su

desaliento ante el delirio en el que ha caído la casta dirigente. Era el grito espantado de alguien que, por vivir fuera, se percata de lo asombrosamente inútil que llega a ser la élite española. El delirio de la oposición, perpetuamente encadenada a sus tráfico vaticanos, a su ética momificada, ese espíritu de bronca tan compatible con la codicia. El delirio de los periféricos, reduciendo sus fortalezas regionales a siniestras aldeas endogámicas cada vez más hormigonadas. El delirio del actual gobierno, convencido de poder dialogar con los nacionalistas, desde los más presentables hasta ETA, y proponiendo alianzas con el islam. Vaya panorama.

Hace unos días tuve ocasión de hablar con una persona excepcional. Ha conocido la esclavitud verdadera, la de las mujeres que se pudren en los países islámicos. Ha vivido en Somalia, Etiopía, Arabia Saudí, Kenia... Sabe que en este momento no hay mayor injusticia que el islamismo explotador de una mitad de la población condenada por su sexo. La miseria del proletariado en la época de Marx era un privilegio comparada con la miseria de millones de esclavas (laborales, familiares, sexuales) que se ocupan de la totalidad del trabajo de la aldea mientras los hombres se dedican a pavonearse rifle en mano y a rezar. No podía concebir que alguien como Zapatero, con mando en un país europeo, hablara de «alianza de civilizaciones». ¿Qué civilizaciones? Si a sus hijas les hubieran cortado el clítoris y cosido los labios externos quizás no fuera tan frívolo.

Suárez dialogó con gente que le despreciaba, pero que estaba deseando salir de la cloaca. Es cierto que los comunistas seguían persuadidos de que no había nación en la tierra que pudiera compararse con la Unión Soviética (¡la de Brézhnev!), y que nuestros jefes hablaban en verso sobre Rumanía y sobre la portentosa inteligencia de Ceaușescu. Estos majaderos, sin embargo, ya no creían en sus propias mentiras, y por lo tanto se podía dialogar con ellos. Suárez lo hizo y consiguió que entraran en el orden democrático al que juzgaban un modo de explotación más peligroso que el fascismo. Suárez dialogó porque lo que tenía delante era un fantasma

que al oír el primer ring de monedas se esfumó como Drácula y se dedicó a proteger a las focas.

No es ése el caso de ETA, ni el de los islamistas que con tanta precisión describe una y otra vez Antonio Elorza. Ni siquiera es el caso del PNV. Quizás Esquerra Republicana esté más cerca de la lucidez: por lo menos, ya se les ha producido una escisión y eso indica que puede haber pensamiento incluso en una nevera. Ley de oro desde Maquiavelo es que no puedes dialogar con quien está persuadido de que tú eres débil y él es fuerte. Que Alá está de tu parte, o que están contigo Dios y las cajas de ahorros vascongadas más algún sindicato para que el amo no esté solo.

Nuestro presidente dice que hay que dialogar con los opresores. Parece que no haya dialogado en su vida con alguien que le toma por bobo. La quiebra de esos diálogos imposibles conduce a callejones sin salida. Los callejones sin salida generan frustración. La frustración es la madre del resentimiento. Hemos regresado a la política del resentimiento, la continuación del franquismo. El gobierno no piensa en los ciudadanos, el gobierno sólo piensa contra la oposición. Un gobierno que le tiene tal pavor a la oposición como para no abrir la boca sin mencionarla (¡mamá, mamá, mira lo que ha hecho Rajoy!), es un gobierno de una debilidad incompatible con cualquier diálogo. La consecuencia ha sido el fracaso del «proceso de paz», mal planteado desde su bautismo con esos términos episcopales.

¡Qué nostalgia de Suárez y González! El uno y el otro hubieron de vérselas con enemigos mucho más peligrosos que los que lidia Zapatero. Suárez con los franquistas, es decir, con la totalidad del poder económico, o sea, el poder madrileño, vasco y catalán, que era el único que había. Gonzalez, con sus propias huestes, cabras locas, conspiradores del ochocientos. Ambos, con una ETA que en aquel momento no sólo era infinitamente más fuerte, sino que recibía el apoyo de toda la izquierda del país. Y, sin embargo, pudieron imponer su diálogo, es decir, meter en vereda a los inválidos morales en menos que canta un gallo. ¿Por qué entonces Zapatero no puede

con unos adversarios desdentados como los del PP y una ETA a la que ya sólo apoyan los caseríos y ni siquiera todo el PNV? Porque no logra convencer de su poder, es decir, el poder del Estado. Y cuando el Estado muestra su debilidad, el rencor, el resentimiento y el oportunismo ocupan la escena.

Si alguien desea conocer el desarrollo de una conciencia política racional y no visceral, lea la estremecedora autobiografía de Ayaan Hirsi Ali (*Mi vida, mi libertad*). Verá como la inteligencia unida al coraje puede vencer a la esclavitud en las condiciones más opresoras. Ayaan Hirsi es en verdad una revolución viviente porque dice aquello que todo el mundo sabe, lo evidente. Aquello que los islamistas ocultan, niegan, disimulan, disfrazan, porque amenaza el dominio que ejercen sobre la mitad de la población. Y lo dice sin rencor, sin odio, sin resentimiento hacia sus torturadores. Sabe que no hay posibilidad de diálogo, ni alianza que valga, hasta que millones de mujeres se persuadan de su poder. Por eso dialoga con las oprimidas, no con sus opresores. Será lento, pero no hay otro camino.

Aplíquese el cuento aquel que desee dialogar. Haga como Ayaan Hirsi, apueste por lo evidente sin rencor ni resentimiento. Utilice el poder del Estado para ayudar a los ciudadanos oprimidos, no para sumirlos en una mayor opresión dialogando con sus opresores. Y olvídense de la oposición. Está ahí para evitar el monólogo gubernamental.